

Categorico

Karla Hernández Jiménez*

Aquella tarde, al contemplar los ojos apagados de aquel hombre que se descomponía bajo los rayos del sol, sintió una rabia abrumadora que se extendió por todo su cuerpo, erizando hasta el último vello. Estaba furioso de que la vida en las barracas fuera tan miserable que la gente, y especialmente alguien tan joven, pudiera morir en cualquier momento. Las moscas se apilaban sin descanso en el cadáver de aquel hombre, como si solamente se tratara de simples desperdicios dejados después de una fatigosa carnicería que no merecía recibir más atención.

Mientras tanto, un castigo ejemplar se estaba llevando a cabo el centro de aquella villa de esclavos para mortificación de los presentes. Aparentemente, Tomás, un negro joven, había robado un trozo de pan mientras trabajaba en la cocina de la casa grande y se había ganado ser azotado 200 veces. Su madre imploró piedad, rogó para que lo soltaran antes de que la carne de la espalda se deshiciera por completo ante el látigo, imploró perdón ya que su hijo era un buen cristiano.

—¿Piedad? ¡No son más que bestias!— respondió el capataz ante los ruegos de la anciana Yambenbé y continuó con el castigo.

Durante la noche, él no pudo dormir por todo lo que acababa de contemplar. Estaba cansado de ver el modo en que él y su gente eran tratados por los invasores de aquellas tierras que no sabían hacer otra cosa más que oprimir a los pueblos. Los habían traído para trabajar aquella tierra extraña, ¿y ahora los castigaban con cualquier pretexto?

No era posible, aquello debía cambiar...

Cuando las llamas estaban consumiendo por completo la plantación, todos los antiguos amos habían escapado. A partir de esa noche, Yanga y su gente al fin podrían vivir sin estar atados, sin padecer hambre o morir por cualquier nimiedad.

* Egresada de la Licenciatura en
Lingüística y Literatura Hispánica
en la Facultad de Filosofía y Letras,
Benemérita Universidad Autónoma de
Puebla.

Los blancos dirían que eran unos cimarrones, unos demonios que habían destruido una plantación respetable a su paso. Poco importaba en ese momento, ahora eran libres. Por una vez, Yanga se sintió completamente en paz conforme avanzaban en aquella selva tropical que los había acogido.

Por una vez, Yanga se sintió completamente en paz.